

Representaciones de Dios: deformaciones y negaciones¹

Marco Puricelli²

Nadie ha visto a Dios cara a cara. Para “verlo” debemos recurrir a modalidades indirectas. Una de éstas es la representación objetual de Dios que cada uno de nosotros elabora en su interior. Se podría decir, sin dudas, que aquello que no puede ser representado no existe para la psique. Por lo tanto, la representación interior que nos hacemos de Dios no es comparable ni a una idea de él ni a cualquier otra noción o símbolo.

La psicología profunda, en la línea psicoanalítica, nos dice que dicha representación se forma en nosotros aproximadamente a partir de los tres primeros años de vida, en base a las imágenes de los padres y de sí mismo, estructurada y “encarnada” mediante un complejo de memorias que son viscerales, propioceptivas, simbólicas, sensorio-motrices y sólo más tarde, conceptuales e intelectuales. Así, la representación de Dios incluye una dimensión inconsciente, en el sentido que los materiales con los que se construye son las representaciones de los padres y de sí mismo que, como se sabe, poseen una dimensión inconsciente y que está vinculada a las primeras experiencias vitales. Dicha representación de Dios, una vez formada completamente, no más tarde del período edípico, interactúa en el psiquismo individual para toda la vida³.

También los estudios sobre el apego han evidenciado la influencia de las interacciones primarias sobre la calidad del apego con Dios⁴: la progresiva formación de un apego a Dios por parte del niño/de la niña es mediada por la relación afectiva más o menos gratificante vivida con las figuras de referencia que son más significativas.

Más allá de la posible vinculación entre las teorías psicoanalíticas y las del apego, en este artículo consideramos algunas formas en las que la representación de Dios puede ser

¹ PURICELLI, Marco, *Rappresentazioni di Dio: deformazioni e negazioni*, en «Tredimensioni» 10 (2013) 240-252. Traducción: Maximiliano Alaniz para el Curso *Psicología Evolutiva*. Facultad de Teología «Mons. Mariano Soler», Montevideo (Uruguay), 2014.

² Psicólogo y psicoterapeuta, Gallarate (VA).

³ RIZZUTO, A.-M., *La nascita del Dio vivente; studio psicoanalitico*, Borla, Roma 1994, pp. 93-ss.; el libro fue presentado en «Tredimensioni», 1 (2004), pp. 99-108. De la misma autora cfr. también *Processi psicodinamici nella vita religiosa e spirituale*, en «Tredimensioni», 3 (2006), pp. 10-30 (también en www.isfo.it). El presente artículo refiere a la autora en cuestión.

⁴ Cfr. BRUNO, Simone, *La costruzione dei legami di attaccamento nel rapporto uomo-Dio*, en «Tredimensioni», 5 (2008), pp. 292-302; CIOTTI, Paolo, *Teoria dell'attaccamento e maturazione di fede*, en «Tredimensioni», 7 (2010), pp. 266-278. N.d.T. Cfr. traducción en español en: <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Bruno08.pdf> y <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Ciotti10.pdf>

distorsionada o deformada, rechazada o negada, de manera de intentar comprender mejor cuál es la que prevalece concretamente en la persona que se acompaña, y su función de “objeto transicional” respecto al equilibrio psíquico. Así será posible decidir en qué condiciones y en qué modo es oportuno modificarla, desestructurando el “ídolo” y favoreciendo una relación más auténtica con Dios⁵. Todo esto con una advertencia: cada forma no quiere reducir lo real a sí sino, por el contrario, analizarlo mejor. Aún cuando desde el inicio la representación de Dios se encuentre en sintonía con la imagen del Dios misericordioso propuesta por la revelación bíblica, ésta siempre contendrá una mezcla de connotaciones negativas (en menor medida) y positivas (en mayor medida), por lo que conviene que sea continuamente elaborada, respetando la dialéctica entre ilusión y realidad.

El creyente seguro-simple (Dios como protector)

Conforman esta categoría todos aquellos que han crecido durante su infancia en un contexto relacional suficientemente adecuado y gratificante que ha permitido la formación de una representación de Dios protectora, con el cual poder instaurar un apego seguro. Es la categoría de los que tienen un Dios sobre cuya certeza no tienen ninguna duda.

El término “simple” indica una elaboración no adecuada de dicha representación en el sucesivo período de la adolescencia, por lo que ésta queda ligada a connotaciones idealizadas típicas de la infancia, concentradas sobre la seguridad y la protección. El resultado es la formación de una representación simplificada, en el sentido de concebirla en modo positivo como una figura protectora y amorosa pero un poco aislada a nivel afectivo y poco íntima: a ésta se le atribuye sobre todo la tarea de ser garante y promesa de una vida sin dificultades, dolores y sufrimientos⁶.

De hecho, la representación de Dios depende sobre todo de aquella paterna, y la elaboración de la primera respecto de esta última se puede definir mínima: Dios es una continuación directa y evidente de la representación paterna y de sus cualidades idealizadas, “típica de aquella utilizada por el niño en el período de la latencia, es decir, sin contradicciones, sin sufrimiento o sin preguntas intelectuales, e impregnada de una ingenuidad sin complicaciones...”⁷.

En situaciones en las cuales la vida se vuelve adversa y difícil, las principales defensas utilizadas son la remoción (en particular de los deseos agresivos y sexuales) y el aislamiento, permitiendo obtener de la relación con Dios -un Dios hecho de amor y de atención - satisfacción y

⁵ Sobre el tema de las representaciones de Dios cfr. también MORGALLA, S., *L'immagine di Dio, un'icona o un autoritratto?*, en «Tredimensioni», 8 (2011), pp. 270-277; BAN, N., GASPEROWICZ, K., GODIÑO, F., *Pregheira e stili di personalità*, en «Tredimensioni», 7 (2010), pp. 17-33. N.d.T. el artículo en español se encuentra en: <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-BanetAl10.pdf>

⁶ Esta dinámica corresponde bastante bien, según Rizzuto, a la única que proporcionó Freud, haciendo derivar la religión de una resolución positiva del conflicto edípico, en el sentido que las relaciones del hombre con Dios logran renovar la intimidad y la intensidad de la relación del niño con su padre.

⁷ RIZZUTO, A.-M., *La nascita del Dio vivente*, cit, p. 151.

seguridad por medio de la presencia de un protector admirado pero sin elaborar la dificultad que surge.

Dos casos de referencia

El primero es ilustrado por Rizzuto y refiere a la señora Fiorella D., que con cincuenta años manifestó por primera vez mucha angustia y síntomas fóbicos. Al inicio estos últimos eran fobia a la iglesia que frecuentaba cotidianamente; luego de la muerte inesperada de algunos parientes hubo un empeoramiento que la obligó a permanecer en su casa, donde se dedicaba todo el día a esperar a su esposo. Cuando estaba sola experimentaba angustia, pánico, tristeza y miedo a morir. La presencia de su esposo era suficiente, por sí sola, para hacer desaparecer en forma instantánea todos los síntomas. Cuando comenzó a tener miedo de perder a su esposo e hijos, apareció con mayor claridad la base infantil de su representación de Dios, como aquel que no respeta el acuerdo estipulado de protegerla y cuidarla.

Incapaz de experimentar rabia hacia Dios y hacia sus seres queridos que según ella, la abandonaban, reaccionó con angustia y fobia. El proceso por el cual se formaron los síntomas fóbicos puede describirse como sigue: (1) movilización de rabia intensa (inconsciente) dirigida a un Dios que no mantiene la promesa de protegerla, (2) movilización de una rabia intensa hacia su marido, que ella teme la abandone; (3) desplazamiento y transformación de la rabia dirigida hacia Dios en miedo a morir en la iglesia (claustrofobia); (4) desplazamiento y transformación de la rabia dirigida hacia el marido en miedo a estar afuera con otras personas o sola en la casa sin él. La fobia de la paciente obligó al marido a permanecer con ella y solamente con ella.

Ambas fobias le brindaron una notable gratificación ya que, absorbiendo en sí su agresividad, ella pudo conservar intacta la imagen de sí como persona buena y llena de amor, y conservar las dos relaciones que le ofrecían apoyo, aquella con Dios y aquella con su marido. Sin este desplazamiento fóbico, hubiera tenido que afrontar una gran crisis religiosa, muy probablemente análoga a una crisis de duda y de consciencia adolescente, para la cual no estaba absolutamente preparada. Hubiera tenido que afrontar las tristezas y los dolores de la vida y aceptar las limitaciones de la felicidad humana. Pero todo esto era mucho más de lo que ella se podía permitir. Se encontró ante lo imprevisible de la muerte y en su tortura solitaria, se protegió a sí misma y a su Dios, con una reacción fóbica⁸.

El segundo caso refiere a un esposo que, no obstante los reiterados tentativos a lo largo de los años de tener un hijo (incluso a través de los tratamientos hormonales realizados por su esposa), siempre había expresado la misma indisoluble e incuestionable certeza del inicio: el hijo llegaría sin lugar a ninguna duda. Cuando la realidad se volvió tan evidente de no poder ser negada, atravesó una profunda crisis religiosa, desilusionado por el hecho de que Dios no había sido fiel a sus promesas. Él mismo se definió un creyente desilusionado y al final se cuestionó por la presencia de Dios al margen de su vida, entrando en la categoría de creyente inseguro-evitante.

⁸ PURICELLI, M. Dio o super-dio? Vere e false rappresentazioni di Dio, en «Tredimensioni», 8 (2011), pp 163-175.

Su contra-cara: el no-creyente seguro-indiferente (Dios inútil)

A este resultado también podría llevar una adecuada satisfacción de las propias necesidades infantiles. Pertenecen a esta categoría personas que han crecido en un contexto relacional gratificante, capaz de reconocer las necesidades afectivas y narcisistas, desarrollando un apego seguro con las figuras de referencia, entre ellas en modo especial la representación materna acogedora, protectora, consoladora y amorosa. Asumen las características típicas de una base segura sobre las que el individuo podrá desarrollar su identidad con confianza y espontaneidad, sin percibirse amenazado por represalias, castigos o chantajes afectivos.

En cambio, es la figura paterna la que no es vista con la misma seguridad. El padre es admirado por su severidad, seguridad y eficiencia, pero también suscita pavor y a veces angustia por su potencial destructivo y agresivo. La hipótesis de Rizzuto es que la necesidad de protegerse de estos sentimientos dolorosos impulsa a la persona a proyectar sobre la representación de Dios las características negativas paternas, salvaguardando las positivas; pudiendo contar con una base segura de derivación materna, no parece advertir la necesidad de creer y de apoyarse en una figura divina. Con ella implementa mecanismos de intelectualización y de aislamiento, como aparece en el caso siguiente.

Ante la pregunta si cree en Dios, responde así: «Quedo siempre sorprendido y contento al ver a otros profundamente absortos en un Dios por el cual yo no tengo ningún interés. No medité sobre mi relación con los otros, no actué bajo el signo de Cristo y no leo el signo de Cristo en el actuar de otro ser humano. Si me cuestiono sobre cómo llamar a la Entidad a la que se le debe el universo en el que todos vivimos, yo lo llamo Dios. Sin embargo, esta convicción, que ha estado en mi cabeza, no se traduce en nada de todo lo que está vinculado a la esfera emocional y afectiva, y que un fiel experimenta en su vida. Ésta es la respuesta sucinta que he elaborado sobre el Ente Supremo, que está al final de las cosas y que la razón explica pero que no suscita un influjo en mi vida. No es guía de mis comportamientos. No existe un Ente supremo que dirija mis acciones sino sólo mi consciencia».

El creyente inseguro-dependiente (Dios como oráculo)

En esta categoría se colocan aquellas personas que han vivido una infancia que en gran medida no ha sido adecuada respecto a la satisfacción de las naturales necesidades narcisistas, aquellas infantiles de grandiosidad y exhibicionismo, de confirmación y aprobación. Se siente obligado - en el tentativo de compensar al menos parcialmente la inseguridad que deriva de ello - a hiper-idealizar las figuras parentales, y que es otro elemento que tutela y protege la autoestima. También la representación de Dios pasa por un proceso similar de "hiper-inversión" por medio de la proyección de excesiva idealización de las imágenes parentales.

Cuando está presente el binomio hiper-idealización / insuficiente confianza personal, el apego a la representación de Dios se vuelve inseguro y excesivamente dependiente (obviamente lo que es sano y maduro es la justa dependencia, no la independencia): se constata así la tendencia a invocarlo como si fuese un "oráculo", rogándole qué hacer sin tenerse presente a sí y

a lo que experimenta, como si la respuesta tuviera que llegar de manera extrínseca y extraña respecto a la propia persona y a su historia.

De esta forma se corre el riesgo de considerar la respuesta de Dios, su voluntad, como una especie de "búsqueda" del tesoro, donde hay que buscar el mayor número de "indicios" útiles para lograr descubrir un guión (que ya está escrito desde la eternidad) y una identidad hecha sin uno mismo, fuera de sí pero para sí.

"A veces la búsqueda de la voluntad de Dios puede corresponder a un evitarse a sí mismo, a un abandonarse a sí mismo como persona, como "yo". Algunas personas buscan la voluntad de Dios sin saber nada o sin querer saber nada de su propia voluntad, como si tener una postura personal fuera una ofensa a Dios. Quizás hacen la figura de cristianos humildes, indiferentes a la propia vida, pero en realidad hay no poca confusión: Dios sirve aquí como coartada para una dificultad, a una incapacidad, a un no derecho imaginario a querer y a decidirse por sí. Un hombre dudaba en casarse. No estaba seguro que esa fuera la voluntad de Dios. Finalmente se decidió, cediendo a la presión insistente de su compañera. Había pedido a Dios una vaga señal: que ocurriera algún impedimento si el matrimonio no correspondía a su voluntad. ¿Qué decir de tal actitud? ¿Este hombre quería casarse con aquella mujer o bien, no deseándola verdaderamente, no osaba dar marcha atrás? En todo caso, no sabía nada y no quería saber nada de su deseo. Examinando más atentamente la vida de este hombre que evita, en sus relaciones, toda posición personalizada y todo conflicto, parece que no ha tuvo el coraje de echarse atrás y esperaba que Dios hiciera por él lo que él no osaba realizar".

En esta situación se puede decir que Él se hizo reconocer a través de la ausencia de respuesta. Si no hubiera sido así, hubiera aumentado la percepción (confusión) de un Dios que realiza, en lugar del hombre, los deseos y los actos de los que éste es incapaz. En cambio, Dios tiene confianza en el hombre, y no lo ha creado para tomar su lugar ni para existir por él.

El creyente oprimido (Dios amenazador)

Es aquel que vive, más o menos conscientemente, dentro de sí a Dios como exigente e inflexible, al cual debe someterse pero con el deseo no confesado de querer deshacerse de él si no estuviera condicionado por su omnipresente presencia y su puntilloso poder que lo sitúan en el rango de "super-Dios"⁹.

Cuando estas personas son adultas, por temor a ser sancionadas, no tienen el coraje de confrontarse con este Dios conocido ya en la infancia, ni tampoco correrlo de sus vidas. Tienden a filtrar el mensaje evangélico según las categorías del deber y del sacrificio, en detrimento de los aspectos placenteros y liberadores. Condicionados por su propia rigidez la siguen, pero advierten el peso; y en relación con su Dios que es sentido como pretencioso y exigente, la obligación de obedecer va acompañada por un inadmisibles rencor hacia Él.

No pueden escapar de un Dios tan invasivo. Así, remueven las imágenes negativas de Dios y las sustituyen con otras que son exactamente lo opuesto pero que continúan siendo algo no sentido, pegajoso. Con palabras proclaman a Dios como pastor bueno y padre amoroso pero

⁹ PURICELLI, M., *Dio o super-dio? Vere e false rappresentazioni di Dio*, en «Tredimensioni», 8 (2011), pp 163-175.

en su interior queda la sensación no explicitada que “esto vale para los otros, no para mí”. Se excluyen inconscientemente a sí mismos del amor y de la bondad de Dios porque en su inconsciente reina la otra representación, la de un Dios amenazador. Externamente son personas muy fieles a las normas y controladas pero internamente están a disgusto con su sentir afectivo, vivido como el lado débil o incluso como aquel malicioso de sí.

El creyente y el no creyente enojado (o rebelde)

A un determinado momento de la vida, una ampliación de conciencia o ciertos eventos inesperados, revelan la propia representación de Dios y exigen que se revise, a favor de una representación que esté más de acuerdo con el Dios amoroso revelado por las Escrituras.

Este momento inestable, de paso, es el momento de la crisis religiosa y también de rabia porque Dios no se comporta como nosotros queremos. El resultado dependerá también de cómo se maneja ese sentimiento.

La fase de la rebelión en la relación con Dios es típica de la adolescencia, caracterizada por una actitud de crítica y duda, signo del proceso de separación de los padres que se está dando, cuyas imágenes están presentes en la construcción de la representación de Dios. El modo en el que será administrada esta fase normal de puesta en discusión de muchas de las creencias del pasado (más adecuada respecto al mantenimiento del *status quo* y a las formas de ascetismo adolescente que en general expresan respectivamente una detención o un rechazo evolutivo), depende de numerosas variables. Algunas de ellas son: la interacción con las otras representaciones internas a nivel intrapsíquico y el encuentro a nivel interpersonal con personas adultas que, con coherencia y amabilidad, sepan hablar de Dios, confrontándose con libertad y franqueza sobre los temas religiosos que están en crisis. Su mayor o menor superación influenciará el modo de resolver las sucesivas crisis religiosas y la “elección” de la categoría prevalente en la cual situarse (sabiendo que el cambio es posible en cualquier fase de la vida). Así pues, cuando el educador proporcionar herramientas al adolescente para atravesar su actual crisis religiosa, lo ayuda también a superar las futuras crisis.

Diversos son los resultados posibles: volver a la categoría de partida pagando el precio en términos de desarrollo de síntomas (por ejemplo ansia), sobre todo si enojarse con Dios es poco aceptable y por lo tanto la rabia es sustancialmente removida; pasar a otra categoría caracterizada por diversas deformaciones de aquella original (ej. a una forma de fe más distante o “evitante”, o bien a una fe demasiado segura y dogmática); cultivar una substancial desconfianza y hostilidad hacia Dios, incluso hasta negar, por desilusión, su existencia, el respeto y el derecho a ser tomado en serio; transformar la rabia en una rebelión positiva a favor de representaciones más auténticas y liberadoras, que finalmente se oponen al “ídolo” del dios amenazador y acusador; comprender el silencio de Dios como una forma paradójica de manifestación de Dios que no pretende alimentar ulteriormente la confusión respondiendo como el hombre quisiera.

En la adolescencia también es posible que los fuertes conflictos de esa edad lleven a desplazar parte del contenido de rabia sobre la representación de Dios, con el cual se entra en conflicto o se lo trata con indiferencia.

En algunos casos el desplazamiento de la rabia hacia Dios, causada por las rupturas empáticas con las personas afectivamente indispensables, sucede (inconscientemente) en la infancia, mucho antes de la adolescencia: negando a Dios logra al menos vivir una experiencia menos dolorosa y negativa con ellos.

El creyente y el no creyente inseguro-evitante (el Dios lejano)

El creyente evitante percibe a Dios en una forma impersonal, como si Dios tuviera escaso interés por él y por sus problemas; nutre la sensación de que el Dios lejano no se preocupa mucho por él o no gusta de él. La formación de una representación de Dios de este tipo podría derivar de la proyección en Él de un apego análogo, inseguro-evitante, vivido en la infancia con los padres o con las personas que lo tenían que cuidar: «Podemos esperar que cuantos han madurado una representación evitante en relaciones cercanas puedan manifestar una determinada forma de agnosticismo o de ateísmo, o bien una visión de Dios como remoto, distante e inaccesible»¹⁰.

Esta situación de distancia relacional puede ser el preludio de lo que luego será un *no creyente de tipo inseguro-evitante*. Ambos viven el mismo estado de ánimo de distanciamiento y de evitación que el no creyente desarrolla en desilusión y duda. También éste no profundiza la pregunta sobre el verdadero Dios: se preocupa de mantenerse a distancia; se retira de él sin decretarle la muerte porque está más preocupado por evitarlo que por explorarlo. Ese Dios dejado en suspenso podría quedar como una lejana nostalgia.

M. es una muchacha de 22 años que a los 18 perdió a su madre. Siempre había tenido con ella una relación muy particular, «simbiótica», como ella misma la definía. Por años habían vivido pasando juntas - ya desde su adolescencia - largas vacaciones en el exterior, en países exóticos, o saliendo juntas toda una tarde a hacer compras. El padre es un empresario muy dedicado al trabajo y poco presente en la familia.

Cuando se descubrió la enfermedad de la madre, un año antes de su desaparición, M. estaba apenas iniciando la fase de separación adolescente (por tanto con atraso desde el punto de vista evolutivo). Eran las primeras veces que se animaba a protestar y a rebelarse en cuestiones como los horarios de regreso a casa que consideraba demasiado restrictivos si se comparaban con los de sus compañeras.

Con toda probabilidad esta imprevista coincidencia alimentó excesivos sentimientos de culpa, agravando el gran dolor por el luto difícil de elaborar.

No es difícil imaginar cómo la experiencia de vacío y de abandono sucesivo a la muerte haya sido más intensa a causa de la «simbiosis» que tuvieron por mucho tiempo; ésta también fue exacerbada por otros dos lutos posteriores ocurridos en un breve lapso: la desaparición de las abuelas cuando tenía 19 y 20 años.

¹⁰ PONZIANI, U., *Psicologia e dimensioni spirituali*. Il Mulino, Bologna 2004, p. 192.

Después de la muerte de la madre M. entró en una profunda crisis religiosa que dejó sin elaborar al «focalizarse» en una amistad con F., un poco más grande que ella. La amistad era particularmente morbosa y la llevaba a vivir en un mundo hasta el momento desconocido de transgresiones, quizás motivada por el deseo de «quedar apegada a la vida». Después se había «agarrado» a otro muchacho del cual aceptaba pasivamente todo tipo de cosas que eran preferibles a la angustiante sensación de no existir y de vacío.

Antes del luto M. describía su representación de Dios con características prevalentemente maternas, también por causa de la ausencia del padre. Luego afirmó “no tener más fe” o de tener dificultades para creer. No sabía motivar este cambio pero se preocupaba por especificar que ella no tenía nada en contra de Dios y que cada tanto entraba en algún templo a rezar a su modo; modo que no sabía exactamente cuál era.

El creyente demasiado seguro-dogmático (el «dios espejo»)

El haber vivido una infancia en alguna medida no adecuada respecto a la satisfacción de las naturales necesidades narcisistas de grandiosidad y de exhibicionismo, de confirmación y aprobación (muy parecidas a las del creyente inseguro-dependiente), puede resolverse en modo defensivo mediante una representación de sí idealizada, con connotaciones de un sentido narcisista de superioridad sostenido y confirmado por la representación de Dios.

Estamos ante una especie de “dios espejo”, que se presume defiende y legitima las opiniones, creencias y decisiones personales en modo apriorístico y acrítico; se confía con excesiva certeza que las propias evaluaciones coinciden con aquellas divinas, arriesgando de degenerar en lineamientos dogmáticos y olvidando que “mis pensamientos no son sus pensamientos, sus caminos no son mis caminos” (Is. 55, 11).

Tanta “benevolencia” de Dios hacia sí no se aplica hacia los otros, resultando ser personas no acogedoras ni comprensivas. A veces desvalorizan o juzgan a los demás, otras veces las idealizan excesivamente: «... una fuerte instancia de superioridad personal podrá ser reconocida en aquellos comportamientos hacia lo meta-experiencial donde al centro está la necesidad - bien escondida aún de sí mismo - de sentir que se está en la parte justa y más iluminada, y desde la cual se evalúa y juzga a las otras personas. También en este caso, se distingue a menudo un dogmatismo esencial y que puede ser usado para ponerse por encima de los otros y de sus decisiones. Esto puede explicitar pertenencias rígidas y acrílicas»¹¹. Cuando estos mecanismos son exagerados es posible terminar en un fundamentalismo que divide al mundo en bueno/malo: lo malo proyectado afuera, lo bueno conservado adentro¹².

¹¹ *Ibíd.*, p. 197.

¹² A causa de esta escisión tenemos una religión que contrapone trascendencia e inmanencia, naturaleza y espíritu, instinto y valor, cercanos y lejanos, nosotros y ellos, engrandeciendo al propio grupo y “demonizando” al de los otros. Esto no se da por una exigencia de la religión sino por un modo incorrecto de relacionarse con ella. Una religión de este tipo absolutiza la propia pureza, tiene sus adeptos en un estado de dependencia infantil (fascinando al inseguro-dependiente, especialmente si está desilusionado) y lo conduce

Su contra-cara: el no creyente demasiado seguro-difidente (Dios sospechoso)

La misma instancia de superioridad que lleva a crearse un Dios espejo puede también llevar a su exclusión, sobre todo si las figuras referentes afectivas han manifestado poco interés por la religión y por ende a hablar de Dios al niño. Cuando las carencias afectivas y de reconocimiento amenazan la confianza en sí mismo y provocan que, en la vida adulta, se experimente dificultad para confiar en otros (incluso en Dios) se la considera una exclusión de tipo difidente. La persona difidente y sospechosa, que tiende a percibir al mundo como hostil y amenazador – de formas variadas según las carencias – difícilmente logrará desarrollar una representación de Dios suficientemente benévola y segura, en la cual poder confiar y con la cual desarrollar una sana dependencia, basada sobre todo en la confianza. Tenderá a poner a Dios en la categoría de las personas sospechosas.

Las diversas categorías aquí presentadas ayudan a comprender mejor cuanto Rizzuto entiende al definir a Dios, siempre desde un punto de vista psicoanalítico, como un «*objeto transicional*» muy particular y «*vivo*».

Características de Dios son el estar siempre a disposición durante la vida y el conocernos hondamente, incluyendo los motivos profundos y los orígenes antiguos de Sus deformaciones y negaciones. Por lo tanto, Dios será el primero en aceptar ser tenido a distancia por la persona evitante, ser “crucificado” por la enojada, estar contento por la rebelión de la persona oprimida, ser ignorado por la indiferente y por aquella difidente, ser usado por el creyente dependiente y dogmático, ser parcialmente malentendido por la persona simple. Al mismo tiempo, Dios no renunciará a expresar su propia Alteridad, a veces incluso a través del silencio o de las pruebas inevitables de la vida. Dios no queda ajeno a aquellos que Lo buscan, incluso en la confusión (y se comienza siempre por la confusión). Él se deja conocer como nosotros podemos llegar a conocerLo como es, si es que verdaderamente se Lo quiere buscar.

Una ayuda importante para esta búsqueda es el encuentro con las personas auténticas y amables que se vuelven signo y testimonio de la acogida misericordiosa de Dios. De hecho, la relación tiene la capacidad de cambiar las representaciones interiorizadas, incluida aquella de Dios distorsionada o negada. «De esto una vez más y por motivos evangélicos y no sólo psicológicos, se constata la importancia de la relación educativa. Si ésta es una mediación para ayudar a las personas a experimentar la encarnación de Dios en ellos, controlar su calidad es una responsabilidad de la cual ninguna circunstancia puede eximirnos»¹³.

al fanatismo. Es preciso distinguir entre fanatismo y el conservar como ortodoxas las propias convicciones y prácticas. La persona fanática o fundamentalista no es aquella que retiene como verdaderas ciertas cosas. Lo que la hace fundamentalista es el modo de sostener la verdad. La diferencia es en términos relacionales. Sobre esto cfr: JONES, J.W., *Terror and Transformation. The Ambiguity of Religion in Psuchoanalytic Perspective*, Brunner-Routledge, Nueva York 2002, presentado en «Tredimensioni», 1 (2004), pp. 209-218 (también en www.isfo.it).

¹³ MORGALLA, S., *Le immagini di Dio, un'icona o un autoritratto?*, cit., p.276.